

# Algunas reflexiones muy provisionales sobre la precariedad. (Santiago López Petit)

1) La postmodernidad es nuestra época, en ella pensamos y (mal)vivimos. La postmodernidad radicaliza las lógicas y las aporías de la modernidad. En particular, el sujeto se convierte en engranaje del sistema y en función de orden. Pero si la modernidad era una mediación que no conseguía medirse a sí misma, la postmodernidad gira aún más en el vacío, sin capacidad alguna de autojustificarse.

2) En la postmodernidad la realidad coincide con el capitalismo. Eso significa que todas las categorías espaciales de la modernidad (dentro/fuera, paz/guerra, orden/desorden...) han saltado por los aires. Estamos ante un continuum indiscernible en el que se mezclan interioridad y exterioridad, guerra y paz, orden y desorden. No existe la coyuntura. La coyuntura tiene que ser arrancada a la realidad misma. Nuestra apuesta es que la lucha que quiere vencer la precariedad puede hacerlo.

3) La categoría que permite dar cuenta, en última instancia, de todos los fenómenos que se producen en la postmodernidad es la de movilización. Todos y cada uno de nosotros estamos movilizados. Ciertamente, la explotación capitalista forma parte de dicha movilización, pero la movilización en tanto que es una “política de la relación” significa mucho más. Nuestra propia existencia es esa movilización de la vida. Nos movilizamos para (re)producir esta realidad obvia que se nos cae encima, cuando trabajamos, cuando no trabajamos, cuando nos buscamos a nosotros mismos, cuando construimos proyectos... De esta manera, la política encuentra hoy la vida.

4) Tomar el concepto de biopoder para describir esa entrada de la vida en la política, como una “puesta a trabajar de nuestras vidas” es muy insuficiente. Tal como se viene utilizando el concepto de biopoder todas las propuestas permanecen dentro de la crítica de la economía política. El biopoder es una extrapolación de la explotación capitalista que tiene dos consecuencias necesariamente: 1) No se sale de la centralidad del trabajo. 2) Las relaciones de poder, en último término, se deducen de las relaciones de producción. Por todo ello la política que se desprende de estos análisis no implica ningún cambio innovador a la altura de nuestro tiempo. Simplemente se sustituyen unas denominaciones por otras. Por ejemplo, en vez de clase trabajadora se habla de multitud, pero para nada se somete a crítica la misma noción de sujeto político y la idea de política que determina.

5) La movilización global de la(s) vida(s) crea, como decíamos, una realidad en la que se confunden guerra y paz, orden y desorden... Esta nueva territorialidad tiene la forma simultáneamente de espacio fronterizo y de supermercado. En el espacio fronterizo el límite se ha hecho virtual. Hay infinitas fronteras y también ninguna. Espacio de control absoluto en el que lo que eres viene determinado por las fronteras que te es permitido superar. Espacio fronterizo que también es supermercado donde escoger libremente. Eres la marca que puedes comprar. La movilización global produce un territorio aparentemente pacificado en el que la catástrofe le es inmanente/inminente.

6) Las unidades de movilización de esta movilización global son los individuos. Los individuos, es decir, cada uno de nosotros en tanto que centro de relaciones. Individuo es aquel que pone el “yo vivo” como centro que articula las diversas identidades contingentes: trabajador, consumidor, ciudadano... La novedad que comporta la movilización global reside en que te sujeta, cuando te abandona, y a la inversa, te abandona cuando te sujeta. Esta fragilización paradójica inherente a esta política de la relación constituye el ser precario.

7) La movilización global produce una individuación que no es normativa, aunque evidentemente, la normalización sigue funcionando como una especie de infrapenalidad. La normalización producía individuos normalizados pero no aislados, ya que consistía en la autoreflexión de un grupo en relación a una norma. En cambio, la individuación efecto de la movilización globalizadora produce individuos singulares en su radical aislamiento. Precariedad significa estar solo frente a la realidad.

8) Por esa razón la precariedad no es algo que nos pasa, y que puede dejar de pasarnos. La precariedad no es algo accidental sino un carácter verdaderamente esencial del ser que en esta sociedad podemos ser. La precariedad fragiliza nuestro mismo querer vivir, y en la medida que lo hace, nos encierra. En otras palabras: más allá de la dualidad inclusión/exclusión que la movilización impone existe una misma fragilización del querer vivir efectuada por el miedo. La sociedad postmoderna es una sociedad del miedo y de la esperanza. Las dos modos de control sobre el querer vivir.

9) Si la cuestión de la precariedad no es tanto estar sujetos a la exclusión/inclusión, como esta fragilización que en ambos casos se produce, y que nos congela las mismas ganas de vivir, que nos ataca en lo más hondo y nos convierte en carne de psiquiatra, entonces está claro que la propia vida se ha convertido en el campo de batalla. Que la vida es hoy el campo de batalla significa que la vida lucha contra la vida (el otro) y también contra la muerte (paro). Dicho de otra manera: cuando la vida es el campo de batalla el poder funciona y se nos impone como el código “tener dinero/no-tener dinero”. Este código organiza la vida y, haciéndolo, precariza nuestras vidas. El objetivo debe ser cortocircuitar este código. El dinero gratis fue un intento.

10) La consigna que durante tanto años fue válida, aquella que unía Marx y Rimbaud, “Transformar la sociedad y cambiar la vida”, tiene que ser hoy repensada completamente. Cuando lo que se juega es nuestra propia existencia, porque la movilización efectúa una guerra contra todos nosotros, la vida ya no aparece como la solución sino que se convierte en el problema mismo. Cuando la vida es el verdadero campo de batalla ya no es suficiente con criticar la vida cotidiana, ni con pretender intensificar la vida. Enfrentarse a la vida como nuestro problema supone encarar - sin prepararse un camino de retorno - lo que es el ser precario.

11) Para entender cómo funciona el ser precario se debe tener en cuenta que, si bien la precariedad es social, la precariedad como tal se vive individualmente. Esta afirmación es clave ya que en ella se condensa toda la potencia, y también toda la debilidad de una lucha que tome la precariedad como objetivo a atacar. La precariedad, mediante el miedo y la esperanza, nos configura en lo que somos, es decir, como ser precario. Hablar de precariado en tanto que sujeto colectivo no es más que pretender imponer artificialmente un horizonte constitutivo a algo que, en su esencia, es individual y paradójico.

12) Si el ser precario tiene este carácter paradójico, social y a la vez individual, es evidente que las formas tradicionales de política no sirven. Con esto queremos decir que una política de lucha contra la precariedad debe ser completamente reinventada. Entre otras cosas, porque la politización ya no pasa por la conciencia de clase. La conciencia de clase permitía alcanzar lo universal desde el autoconocimiento concreto de la explotación. En cambio, la politización del ser precario nos deja en la intemperie, y nos aboca a tener que crear – tener que crear a partir de nosotros mismos – la alianza de amigos que no existe.

13) En el fondo, una política que quiera atacar la precariedad tiene que ser una política del querer vivir. Esto significa que dicha política, porque se encara al ser precario como esta paradoja que hemos descrito, deberá aunar dos componentes: el odio y la transversalidad.

a) El odio a la vida como prueba. Tenemos que reapropiarnos del odio. El precario tiene que odiar su vida, tiene que ser capaz de levantar una demarcación entre lo que quiere vivir y lo que no está dispuesto a vivir. Este odio libre es la potencia de vaciamiento de su ser precario.

b) la transversalidad como estrategia. Esta nueva política tiene que ser completamente transversal. Transversalidad significa que no hay un frente de lucha privilegiado (por ejemplo: el trabajo), sino que el combate se dirige contra la propia realidad entendida como un continuum de frentes de lucha. Evidentemente, esta transversalidad supone también el rechazo a ocupar una determinada identidad. Luchar contra la precariedad es atravesar todos los frentes de lucha sin cobijarse en identidad alguna que, por lo demás, siempre sería impuesta. Como los woblies americanos se organizaron atravesando las distintas divisiones étnicas, técnicas, de género... El precario que lucha de esta manera es capaz de desokupar el orden y abrir una tierra de nadie. La(s) tierra(s) de nadie clavadas en el espacio fronterizo son los lugares donde reponerse para volver a atacar el código del poder.

14) El odio a la vida y la transversalidad son las armas que expulsan el miedo y la esperanza. Son ellas las que socavan el ser precario y nos ponen más allá del aislamiento de cada uno. Así se aniquila lo que nos divide, y entonces descubrimos que poseemos una interioridad común. Los que luchamos contra la realidad poseemos una interioridad común. La interioridad común es el querer vivir en tanto que espaciamiento.

14) Una política contra la precariedad que hace de la vida un campo de batalla, una política del querer vivir tendrá siempre que mantener estas dos dimensiones (personal y colectiva) permanentemente unidas. Por eso hay que pensarlo todo de nuevo. ¿Qué supone politizarse hoy? ¿Qué es una alianza de amigos? ¿cómo llenar la tierra de nadie con nuestro malestar? ¿Cómo hacer del querer vivir un desafío? Sólo seremos capaces de responder a estas preguntas que nos interpelan si hacemos efectivamente de la vida nuestro campo de experimentación.